

LA CONCIENCIA EN EL TIEMPO

Cardenal Joseph Ratzinger

La Conciencia en el Tiempo

©Cardenal Joseph Ratzinger

Los cristianos y la vida pública 1a. edición 1989

Tomado de CEPS

Comisión Episcopal de Pastoral Social

Centro de Estudios y Promoción Social, A.C.

©Ediciones Schola

Insurgentes Nte. No. 1579

Col. Tepeyac Insurgentes

07020 México, D.F.

Tels. 57 81 93 46 y 57 81 59 40

Email: centrolindavista@centrolindavista.com

Traducción, Edición, Diseño y Formación: Ediciones Schola

Imagen de portada:

Alegoría de Ambrogio Lorenzetti sobre las cualidades de un Podestá.

Cuadro del Buen Gobierno y las Virtudes. Palacio Público de Siena.

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL 2000

Reservados todos los derechos.

Impreso en México/Printed in México

ÍNDICE

CONFERENCIA ANTE LA SOCIEDAD «Reinhold Schneider»	5
Naturaleza y significado de la conciencia	10
Las Casas y el problema de la conciencia	13

CONFERENCIA ANTE LA SOCIEDAD “Reinhold Schneider”

En sus “Diálogos con Hitler”, Herrmann Rauschning, Presidente del senado de la ciudad libre de Dantzig en 1933-34, señala que el dictador le hizo la siguiente declaración: “Yo libero al hombre de la opresión de un espíritu que se ha convertido en su propia finalidad, de los autocastigos sórdidos y humillantes, de una quimera llamada conciencia y moral, y de las reivindicaciones de una libertad y de una autonomía personal de la cual solamente una minoría ínfima puede ser capaz”¹.

Para Hitler, la conciencia era una quimera de la cual el hombre debería ser liberado. La libertad que él prometía debía consistir en ser libre de su propia conciencia. Esto corresponde muy bien a lo que Göring declaró al mismo autor: “Yo no tengo conciencia, mi conciencia se llama Adolfo Hitler”².

La destrucción de la conciencia es la verdadera premisa de la sumisión y de la dominación totalitaria. En aquellos lugares en que actúa la conciencia, se levanta una barrera contra la dominación de un orden arbitrario. Existe por lo tanto algo sagrado que debe permanecer intocable y que se sustrae a toda

¹ Citado por Th. Scheider, “*Herrmann Rauschings Gespräche Mit Hitler*” als *Geschichtsquelle* Opladen, 1972, P. 19, nota 25. Scheider ofrece un análisis detallado de la autenticidad histórica de las entrevistas de Rauschning, las cuales han sido traducidas al francés. H. Rauschning “*Hitler m'a dit*” *conferences du führer sur son plan de conquete du monde, Paris, 1939*.

² *Ibid*, p. 31, sobre el problema de la autenticidad de esta aseveración, ver p. 31, nota, p. 35 y 19, Nota 25.

La Conciencia en el tiempo

disposición exterior o aún personal, en virtud de una soberanía final. Solamente la incondicionalidad de la conciencia constituye la antítesis absoluta de la tiranía. Solamente el respeto de su inviolabilidad protege al hombre del hombre y de sí mismo. Solamente el reinado de la conciencia da la libertad.

Se podrían presentar aquí objeciones muy diversas. La primera, quizá la más superficial, consistiría en negar la actualidad de esta declaración. Aun si todo esto pudiese tener su importancia en la lucha contra la dictadura de Hitler los problemas que nos preocupan hoy, se dice, son de un orden muy diverso. ¿No se debería colocar el deber social antes de la libertad individual y la liberación estructural antes de la liberación personal? Es cierto que los debates sobre el hombre pueden recibir énfasis diversos y según los problemas de la hora las tareas más diversas pueden tener prioridad. Sin embargo, queda claro que la actualidad de un problema no puede constituir un criterio de medida de su importancia para el hombre, y al mismo tiempo, el elemento verdaderamente humano siempre será actual en su sentido más profundo. Aun si este elemento no figurara en el primer plano de un escenario histórico, es parte de las fuerzas decisivas del drama del hombre y su olvido pudiese tener consecuencias fatales, sea cual fuere el episodio del drama en el cual uno se encuentra. La dictadura y el dominio del hombre bajo el pretexto de la liberación, constituyen siempre peligros que acechan a la humanidad. El estudio de la anatomía del totalitarismo como el de su antítesis, son parte de las tareas perpetuas de reflexión sobre la humanidad del hombre.

Me atrevo a afirmar además que, para aquel que observa los acontecimientos a profundidad, la tentación a la que estamos

expuestos hoy presenta una similitud escalofriante y es casi idéntica a aquella que sólo en apariencia hemos superado, y esto a pesar de los cambios de nombre y de color. Sobre este tema nos podemos todavía referir a Rauschning. Este hombre que había visto al demonio cara a cara y había creído en él durante un cierto tiempo antes de darse cuenta de las terribles consecuencias de su elección, formuló en 1938 (en un libro que es importante en nuestros días), un diagnóstico del nacional-socialismo como revolución del nihilismo. “Este movimiento en los círculos que lo conducen y lo dominan, está completamente desprovisto de presupuestos filosóficos o de programa. Está listo para la acción, es instintivo en el núcleo central de sus tropas; es extremadamente determinado, frío y refinado en su élite dominante. No existía y no existe algún fin que el nacional-socialismo no esté dispuesto a abandonar o bien, al contrario, a adoptar para el bien del movimiento”. Para esta revolución, no hay finalidad estable en la política exterior como no la habría tampoco en la economía o en la política interior; al contrario, solamente la destrucción total de todos los elementos del orden en vigor hasta entonces, podría caracterizar a la “revolución alemana nihilista y desprovista de doctrina”³.

Naturalmente, un nihilismo desprovisto de doctrina constituye en sí una doctrina, y en este sentido las afirmaciones precedentes son criticables. Pero su contenido esencial constituye un análisis muy exacto de la fuerza de estos acontecimientos y

³ Scheider, op. cit. P. 33; cf. H. Rauschning, “*La révolution du nihilisme*” Gallimard, 1980; edición original alemana Zurich, 1938, reeditada con abreviaciones de Golo Mann, Zurich, 1964, cf, también la afirmación de Hitler citada por Scheider, p. 18, sobre el deber de “educar a una juventud violentamente activa, intrépida y brutal”.

La Conciencia en el tiempo

desenmascara así una falsa interpretación cuyas consecuencias no dejan de crecer. Los términos fascismo y nacionalismo, solamente expresan de manera parcial la naturaleza de la revolución que existió en esa época: el elemento más importante estaba escondido y no se percibía. En el seno del panorama intelectual del momento, la revolución hitleriana se servía del nacionalismo, de una burguesía a la que Hitler odiaba fanáticamente y a la que quería destruir tanto como a su orden, y que representaba para él una verdadera antítesis de lo que él deseaba. En este sentido, calificar al derecho como fascista hitleriano a causa de su lema “Ley y orden”, constituye una perversión histórica cuyo fin es esconder de nuevo bajo esta calumnia la revolución del nihilismo que ha tomado el relevo verdadero de los desastrosos acontecimientos de 1933. Quien observe los acontecimientos desde cerca y no se deje cegar por las palabras encontrará muchos puntos comunes entre la catástrofe de entonces y las fuerzas que anuncian hoy en día como salud la revolución por sí misma y la negación del hombre. La alianza de este nihilismo con las ideas sociales y con nuestras preocupaciones de hoy ante la miseria de millones de hombres sobre el planeta, no es menos mentirosa que la alianza del nihilismo de entonces con las ideas nacionalistas.

Solamente aquel que esté ciego o que quiera por comodidad no percibir la amenaza totalitaria, no se dará cuenta de que éste es un problema de nuestros días. En este sentido, nuestro siglo es un siglo de la conciencia. Es la razón por la cual los hombres que han obedecido a su conciencia y se han mantenido firmemente de lado de la libertad de la conciencia contra la “liberación” totalitaria, nos interpelan hoy de una manera totalmente nueva.

¿Es la conciencia una verdadera fuerza sobre la que podemos contar? ¿No deberíamos más bien equiparnos de armas más concretas? En su novela sobre *Las Casas*, Reinhold Schneider ha ilustrado el misterio de la conciencia de manera impresionante al contar cómo una muchacha joven, anónima, de la tribu de los lucayos, hizo comprender lentamente al aventurero español Bernardino, el secreto del sufrimiento, resucitando poco a poco su alma muerta a través del aprendizaje de la compasión⁴.

Este ser, joven y práctico, que no tiene otra fuerza que la del sufrimiento, encarna la conciencia en medio de los aventureros para los cuales nada tiene valor mas que el oro y la espada, es decir un poder económico y militar durísimo. Ella está allí, la vulnerable lucaya como una nada, y es así hasta ahora el caso de la conciencia en el mundo: una muchacha joven, impotente, destinada a una muerte precoz frente a los colosos de intereses económicos y políticos. ¿No es un absurdo contar con esta pequeña muchacha llamada *conciencia*, en tanto que uno ve claramente la única realidad que verdaderamente cuenta en el mundo? ¿No es abandonarse a una fantasía vacía y absurda frente a las amenazas de nuestra época, el levantar los ojos hacia los testigos de la conciencia de hoy que no han podido aportar ninguna contribución más allá de su sufrimiento? Es decir, se

⁴ *Las Casas Vor Karl V. Szenen Aus Der Konquistadorenzeit* (tr. Francesa “*Le Missionnaire et L’emperur*”, Le Seuil Paris, 1952). Las citas son de la edición Ullstein-Verlag, *die Geschichte Von Lucaya*, p. 81-94, p. 81: “¿Mi alma? Le preguntó él. Yo no sé si era siempre mi alma. Quizá ha vivido en otro ser durante muchos años y ha venido a mí sólo después de su muerte”. Para una interpretación general de las obras de R. Schneider, véase H. U. Von Bathsar, “*Reinhold Schneider. Sein weg und sein werk*”, Colonia, 1953.

La Conciencia en el tiempo

nos objeta tratar de hacer política de la poesía y pretender resolver así los problemas de nuestro tiempo.

Naturaleza y significado de la conciencia

Surge aquí otra objeción aún más grave. En el fondo ¿qué es la conciencia?⁵ ¿Existe verdaderamente? O ¿no será más bien un super yo traspuesto al interior del hombre que transforma los tabús de la educación en mandamientos divinos y los hace así insuperables?, ¿No serán los gobiernos los que, a través de la idea de la conciencia extienden su poder hasta el interior del hombre y lo explotan sin vergüenza al mismo tiempo que inculcan en sus víctimas el conjunto de sus exigencias hasta lograr que en su interior las reciban como la “voz de Dios”? ¿No tenía entonces razón Hitler cuando afirmaba que la conciencia es una manera de hacer siervo al hombre y que de ella éste se debe liberar? Entonces, nos podemos preguntar qué orientación le queda al hombre tras haberse liberado de su conciencia. ¿Con qué fin se ha liberado? ¿No está entonces ligado por el respeto de la humanidad del otro cuando el interés mayor de la sociedad futura exige su desprecio? Si así fuese, el crimen (el asesinato, por ejemplo), pueden convertirse en medios legítimos de realización del futuro.

⁵ Sobre el problema de la naturaleza de la conciencia, el cual no se puede analizar aquí en detalle, véase J. Stelzenberger, “*Das Gewissen. Besinnliches zur Klarstellung Eines Begriffs*” Paderborn, 1961; “*Das Gewissen. Studien Aus Dem C. G. Jung Institut Zurich*”, volumen VII, Zurich, 1958 en particular la contribución de H. Zbinden “*Das Gewissen in Unserer Zeit*”, p. 9-51. Véase también M. Messner “*Moral in der säkularisierten Gesellschaft*” en *Internationale Katholische Zeitschrift*, 2, 1972, p. 137-158.

No es fácil responder a todas estas interrogantes. Ciertamente bajo el término *conciencia* se puede introducir secretamente la legitimación de un super yo que impide al hombre convertirse en él mismo. A la llamada absoluta de la persona por su responsabilidad, se sobrepone una red de convenciones falsamente llamada “voz divina” que no es en realidad mas que la voz del pasado cuyo temor cierra la puerta al presente. La conciencia se puede así transformar en una excusa del hombre que ha perdido su propio camino y se obstina en sus errores; puede justificar su incapacidad obstinada de autocorrección por una supuesta fidelidad a una voz interior. La conciencia se transforma entonces en el principio de un endurecimiento subjetivo presentado como un absoluto o, en el otro caso extremo, se convierte en el principio del dominio del yo por un “nosotros” impersonal o por un yo externo. Por ello, la noción de conciencia requiere una permanente purificación, y el uso de la conciencia o el llamado que se le hace, supone un comportamiento honesto y prudente, consciente del hecho que uno utiliza mal aquello que es grande cuando lo invoca de manera precipitada. Quien invoca con demasiada facilidad a la conciencia, es tan sospechoso como quien llama el santo nombre de Dios al dominio de lo trivial practicando así la idolatría más que adorar a Dios.

Pero la vulnerabilidad de la conciencia y la posibilidad de usarla mal no puede borrar su grandeza. Reinhold Schneider lo ha dicho: “¿Qué es la conciencia sino el conocimiento de su propia responsabilidad hacia el conjunto de la creación y ante Aquel que la ha creado? La conciencia es sencillamente reconocer al hombre, a uno mismo y al otro como creación, además de respetar en sí al Creador”.

La Conciencia en el tiempo

La conciencia marca el límite de todo poder humano y le indica al mismo tiempo su dirección. En este sentido, la insistencia sobre la impotencia de la conciencia permanece como la condición fundamental y el núcleo central de todo control del poder. Cuando no se insiste sobre esta realidad íntima, en el fondo no se puede hablar del control del poder sino solamente de un equilibrio de intereses en el cual el hombre y la sociedad son llevados al modelo de la selección: el que está bien es quien se impone, existir significa imponerse. El hombre no vive más como creación, sino como producto de la selección y el poder que él había querido controlar, se convierte en su único criterio. El hombre es destruido en su humanidad. Esta es la razón por la cual tenemos necesidad de esos hombres que perseveran de manera ejemplar junto a la pobre y frágil muchacha llamada *conciencia* y encarnan el poder de la impotencia. Estos hombres protestan contra la explotación del hombre soportando el sufrimiento del individuo martirizado y poniéndose al lado del sufrimiento. Es por ello que los sonetos de Reinhold Schneider y su “lírica” constituyen un poder que los dictadores temen; un poder que consideran como un arma ante la cual deberán temblar. Schneider ha sufrido en su conciencia a causa del mal uso del poder. Sufrir a causa de su conciencia es la ley misma de su existencia: uno se podría interrogar: sufrir sin más, ¿para qué sirve? La injusticia no puede ser vencida, en última instancia, mas que a través del sufrimiento, el sufrimiento voluntario de aquellos que permanecen fieles a su conciencia y son así realmente los testigos de su sufrimiento, y en toda su existencia, del fin de todo poder. Lentamente comenzamos a percibir de nuevo el significado del hecho que la Redención del mundo y la superación del poder, surgen justamente allí en donde termina el poder en el sufrimiento.

Las Casas y el problema de la conciencia

Al partir de la historia de *Las Casas* narrada por Schneider quisiera ensayar una vez más el desarrollo de una idea fundamental. El núcleo del control necesario y de la limitación del poder en este mundo, está constituido por el valor de la conciencia. Vamos a comenzar efectuando una breve reflexión sobre el trasfondo histórico con el descubrimiento de América: el problema del derecho del hombre como hombre y de los derechos del hombre. Este problema se presentó para la Europa cristiana, bajo un aspecto nuevo y se manifestó de manera cada vez más aguda a lo largo del siglo XIII en la época de las cruzadas y en el curso de los contactos crecientes con el mundo árabe. Sin embargo adquirió nueva importancia en la época del descubrimiento de América debido a la impotencia de los pueblos recientemente descubiertos frente a las armas españolas. Hasta entonces el problema de la limitación del poder no se había presentado mas que entre cristianos, en la oposición entre *sacerdotium* e “*imperium*”. El mundo cristiano veía enfrentarse en esas dos grandes fuerzas una dualidad de poderes absolutos en su intención: como cristiano, debía estar subordinado al *sacerdotium* en tanto que el mundo debía estarlo al *imperium*, y en tanto que cristiano secular (es decir ante la presencia simultánea del mundo y de la Iglesia), se presentaba el problema de la autolimitación de los dos. Pero surgió entonces una cuestión: la fe cristiana se comprende como absoluta, como revelación de la única verdad que salva al hombre, es conciencia de la existencia del pecado original a través del cual la razón humana se encuentra obscurecida y no es iluminada de nuevo y llevada a sí misma sino a través de la fe. En consecuencia no es mas que en la fe donde la razón puede encontrar las bases del

La Conciencia en el tiempo

verdadero derecho y en el fondo ella no puede aceptar como derecho verdadero las construcciones jurídicas que se sitúan fuera de la fe. Esto es al menos lo que parece decir San Agustín en la *Civitas Dei* en la que rehúsa toda marca de justicia a los estados paganos que no conocían a Dios y hacían a un lado una parte esencial de la verdadera justicia. En la práctica, define a estos estados como simples comunidades de intereses que realizan una función parcial de paz y obtienen de esta manera su legitimidad.⁶

Debemos entonces hacernos una interrogante ¿Cuáles pueden ser las reglas y las posibilidades de limitación del poder cuando dos pueblos se encuentran y a la supremacía de las armas se agrega la conciencia de una supremacía en la verdad? ¿En realidad las misiones y el colonialismo forman un conjunto, ese hermafrodita que engendra la miseria del tercer mundo?, ¿Dónde puede surgir un elemento corrector?. La respuesta de Reinhold Schneider en su novela es la siguiente: el elemento corrector podía provenir solamente de la fe misma, en la conciencia despertada por esta misma fe que sufre y que lucha. La sola cosa que puede legitimar a esta fe como verdad, es el hecho de que no pueda tener en su origen la multiplicación del poder sino solamente un grito que despierta de la conciencia y que limita el poder y protege la impotencia: es justamente en la protección del otro como criatura que la conciencia adquiere su carácter absoluto.

Veamos de nuevo los hechos históricos. ¿Esta conciencia realmente representaba un poder real o existía solamente este

⁶ Sobre la problemática de esta situación, véase U. Duchrow “*Christenheit und Weltverantwortung*”, Stugart, 1970.

falso absoluto de la fe en el cual la conciencia funciona como una ideología del poder en lugar de proclamar el absoluto del Creador en la dignidad absoluta de los débiles?. En su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias Occidentales*, en 1522 Las Casas lanza la acusación, la más terrible que conocemos contra la impotencia de la conciencia y contra la brutalidad del poder sin conciencia. Nosotros sabemos hoy que esta obra se funda en gran parte en fuentes muy dudosas y que es “extremadamente parcial, que exagera y desfigura frecuentemente” y que pasa en silencio los horrores cometidos por el otro campo. Los aztecas, por ejemplo, sacrificaban 20 mil corazones humanos en un solo acto de culto.⁷ Sin embargo, grandes puntos de acusa pesan frente a los conquistadores españoles que sin escrúpulos dominaron y despojaron a los hombres, además de condenar a la desaparición a tribus enteras a través de una explotación brutal de la fuerza del trabajo. Pero permanece como válido que la conciencia estaba verdaderamente presente bajo la forma de una pequeña lucaya abandonada y llorosa que en su sufrimiento indecible no podía más que asistir a lo innombrable: esta conciencia existía y Las Casas no era su único testimonio. Su fuerza nos lleva a las primeras leyes de la reina Isabel, quien declaró en las *Leyes de Burgos* de 1512 que: todos los indios eran sujetos libres de la corona e impedía su dominio, hasta las *Leyes nuevas* de 1542 influidas de manera determinante por Las Casas que buscaban crear un vasto acto de liberación y una plena protección jurídica para los indios. La prescripción decía que debían ser instruidos

⁷ Véase sobre el problema de Las Casas el último libro sobre el tema de G. Kahle, “*Bartolomé de Las Casas*”, Colonia-Opladen, 1968, en particular las págs. 18 y 32; también B. M. Bierbaum, “*Las Casas und Sendung*”, Maguncia, 1968.

La Conciencia en el tiempo

con mucho cuidado y amor en nuestra santa fe católica, no tenía como objetivo someterlos sino atribuirles un rango igual a sus dominadores y sustraerlos a la ignominia.⁸

La relativa modestia del éxito obtenido, no cambia el hecho de que la conciencia ha sido fundamentalmente reconocida como un límite del poder. Así se trató de hacer que la fe actuara como un factor político sin transformarla en un factor del poder entre otros. Un aspecto característico de la fe debe ser siempre que su poder se base en el sufrimiento y que ella es el poder del crucificado. No es más que bajo estas condiciones que podrá ser preservada de inaugurar ella misma una nueva forma de esclavitud. La fe salva sólo en tanto que su poder es la cruz. Su secreto reside en su impotencia y para ser ella misma debe permanecer impotente. Creo que no se puede comprender correctamente la toma de posición del Nuevo Testamento sobre el problema del poder político más que a partir de esta perspectiva. Sobre este tema quisiera solamente hacer una breve reflexión: quien lea el Sermón de la Montaña o en general, abra el Nuevo Testamento, al pensar en las calamidades políticas de nuestro tiempo y en la responsabilidad política del cristiano hacia ellas, muchas veces se percata de que el conjunto da la sensación de una huida hacia la interioridad apolítica, se habla apenas de la transformación del mundo y más bien de una lealtad que parece una imperdonable pasividad y una manera de pensar sometida a la autoridad. Piénsese en Romanos 12, 1-7 o en Pedro 2, 12-25. Las palabras claves son sumisión,

⁸ Kahle, p.10 y ss., 17 y ss.; J. Höffner, *“Christentum und Menschenwürde. Das Anglien der Spanischen Kolonialethik im Goldenen Zeitalter”*, Treveris, 1947.

paciencia, obediencia y en la primera carta de San Pedro se propone el modelo del Cristo sufriente. Igualmente, la única frase de Cristo a propósito del Estado, en Marcos 12, 17: “Dad al César lo que es del César”,⁹ permanece en la línea de una lealtad de principio. Efectivamente, Jesús no era un revolucionario y quien afirmara lo contrario falsificaría la historia. Es igualmente cierto que en su contexto, el Nuevo Testamento no resintió la necesidad de desarrollar positiva y explícitamente una ética política del cristiano. De hecho, aquí no podemos progresar adoptando una actitud puramente bíblica. El Nuevo Testamento ha sido escrito en el contexto de una situación minoritaria de la Iglesia cristiana en lento crecimiento y está orientado hacia una protección del *proprium* cristiano en un contexto de la impotencia política de los cristianos y no hacia la estructuración de un poder cristiano.

Comprende sin embargo un aspecto decisivo el cual es necesario señalar, al decir que se debía dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, Jesús separa el poder del emperador del poder de Dios, y retira el *ius sacrum* del *ius publicum* cortando en dos el estatuto fundamental del mundo antiguo y del mundo precristiano completo. Al separar el *ius sacrum* del *ius publicum* del emperador, ha creado el espacio de la libertad de conciencia, ante la cual se detiene todo poder aún el del emperador-dios romano. Este se convierte en un simple hombre-emperador y se transforma en bestia del

⁹ A propósito de Mc 12, 17 y de su recibimiento en la catequesis política de la Iglesia primitiva, ver de nuevo U. Duchrow, op. cit. p. 137-180. A propósito de este problema en general, ver la exposición detallada de O. Cullmann, “*Jesus et les Revolutionnaires de son Temps*”, Labor et Fides, 1970.

La Conciencia en el tiempo

apocalipsis, cuando quiere permanecer como un dios y niega el espacio inviolable de la conciencia. A través de estas palabras, se ha puesto un límite a todo poder y se proclama una libertad de la persona que va más allá de todo sistema político; Jesús ha ido a la muerte debido a esta frontera y en el sufrimiento ha dado testimonio de los límites del poder. El cristianismo no empieza con un revolucionario sino con un mártir. El crecimiento de la libertad de la humanidad debido a los mártires es infinitamente más grande que aquel que pudieran aportar los revolucionarios.

El tema de fondo de Reinhold Schneider, la relación entre el poder y la conciencia, toma una forma particularmente acentuada en la novela sobre Las Casas. Fuera de la lucaya, Las Casas mismo y Carlos V constituyen la representación viviente de lo que es la conciencia; ellos tres ilustran su función, cada uno a un nivel diferente e ilustran este tema en toda su amplitud. Es ciertamente la joven muchacha lucaya quien simboliza de manera más pura la conciencia, la cual aparece en la humanidad de su sufrimiento y en la simplicidad de su fe bajo una forma, por así decirlo, “transparente por naturaleza”. El pueblo de los lucayos al que pertenece y que personifica, es descrito de la siguiente forma por el caballero Bernardino: “eran todos sin defensa y sin sospecha como si el pecado de Adán no hubiera caído nunca sobre ellos”.¹⁰ Las islas que habitaban eran para ellos el mundo de los hombres; creían que más allá de sus límites se encontraba el mundo de las almas en el que vivían los muertos. Cuando los españoles llegaron a ellos no podían más que pensar que venían del más allá del mundo de los hombres, es decir del

¹⁰ Ibid. P. 81.

mundo de las almas, por esta razón ellos les siguieron plenos de buena fe porque esperaban que estos desconocidos los condujeran hasta las almas de sus padres. Recordemos sobre este tema las palabras de Bernardino: “y hoy es necesario pensar cómo debía ser pura la conciencia de estos hombres que se alegraban de reunirse con sus muertos mientras que nosotros temíamos esta unión porque nuestras muchas faltas escondidas se revelarían y no osaríamos mirar a los ojos a aquéllos que habían sido cercanos a nosotros.”¹¹

He aquí pues a los hombres que viven en una cercanía fraternal con la eternidad, y cuyo mundo está abierto al otro mundo, los hombres para los cuales la sola medida es la unión de la realidad con la realidad que debe venir, y por lo tanto en la conciencia. Estos hombres encuentran el poder brutal que no conoce conciencia y que ha perdido su alma. Creen que han llegado al cielo y caen en un infierno. Me parece que es precisamente esta escena que muestra la profundidad con la cual Reinhold Schneider ha conocido el abismo de la existencia humana y del mundo de las experiencias y cómo lo ha sufrido mucho antes de escribir su “Invierno en Viena”. Aquí la realidad no ha sido limpiada de manera edificante. Ya no estamos en el mundo de los amigos de Job, de esos bellos razonadores que disponen de un refrán piadoso para todo y que pueden explicar todo; aquí más bien resuena el grito de Job: los hombres creen ir al cielo y son conducidos al infierno. La realidad les golpea a la fe y ningún *deus ex machina* se levantará para ponerlo todo en orden. Quedan los gemidos y los gritos de la masa humana

¹¹ Ibid. P. 85.

La Conciencia en el tiempo

atormentada,¹² el llanto silencioso y penetrante de la mujer engañada y la cara del crucificado. Queda el sufrimiento de esta mujer que ha sufrido tanto por el conquistador como por sus hermanos maltratados. Para ella, el conquistador, en su estado de ceguera, da tanta tristeza como sus hermanos en su pena, a pesar de que no se da cuenta de la miseria en la cual su locura lo ha hecho caer y que no sabe cuánta necesidad de redención tiene para convertirse.

Me parece que en toda esta novela es esta figura misteriosa la que expresa mejor lo que Schneider ha experimentado cada vez más como su misión y su destino propios. No le tocaba a él intervenir en el dominio del poder, no le quedaba más que ser la voz de la conciencia y afrontar en el sufrimiento los crímenes de su tiempo, acreditar por su sufrimiento el llamado de la conciencia.

El personaje Las Casas encarna una segunda posibilidad en la cual la conciencia se transforma en misión. Al lado de la conciencia sufriente se eleva en él la conciencia profética que sacude el poder de los poderosos, eleva el derecho de los sin derecho, toma lugar con calma entre los tronos y permanentemente destruye la tranquilidad de aquellos cuyo poder se establece a pesar del derecho de los hombres.¹³ Las

¹² Página 92: “No temíamos a la masa humana bajo las planchas, y como mis compañeros, estaba acostumbrado desde otros viajes a escuchar debajo de mí los gemidos y los gritos; ello no me llegaba más que los mugidos de las bestias encerradas. No alcanzaba mi espíritu a percibir que yo escuchaba la voz de mi crimen”.

¹³ Véase sobre este tema las impresionantes páginas de H. U. Von Balthasar, op. cit. p. 177, 178: “El santo, no en cuanto a dirigente de Estado sino como conciencia del rey: esto es lo que sería la realización de una ética trascendente que no jugaría con dos medidas diferentes”.

Casas había sido militar: aún después de su ordenación sacerdotal, se había ocupado mucho más de sus ingresos que de los indios que le habían sido confiados. Se produce entonces algo que encontramos más de una vez en la vida de los santos. Las Casas se da cuenta bruscamente de que un versículo de la escritura define exactamente su situación, que tiene un significado literal y lo debe tomar de esa manera literal: lee los versículos 34, 25-27 del Eclesiastés y comprende que se dirigen a él:¹⁴ . El pan de la indigencia es la vida de los pobres, quien la frustra es un sanguinario. Asesino del prójimo es aquel que le roba su subsistencia, derrama sangre aquel que frustra al asalariado de un salario.. A partir de ese momento, Las Casas es la mala conciencia de los poderosos, le detestan, le maldicen, pero no lo pueden hacer callar; esto pertenece a la verdadera grandeza de la fe cristiana. Puede dar una voz a la conciencia que se levanta inexorablemente contra el mundo que los creyentes han preparado y fundado en la fe; en ella permanece el no de los profetas, en una palabra ella suscita profetas hombres que no son la voz de un interés sino la voz de la conciencia contra los intereses particulares. Así, Las Casas es al mismo tiempo el testimonio de la soberanía del derecho: el derecho no tiene necesidad de un testimonio humano, tiene su sede más arriba del hombre; pero cuando los hombres tienen luchas entre sí, pueden consultar su conciencia y si lo hacen sin odio ni rencor, su conciencia les ayuda.¹⁵

Se encuentra una tercera manifestación de la conciencia en el personaje de Carlos V, es la conciencia de aquel al cual se ha

¹⁴ G. Kahle, op. cit. p.13.

¹⁵ R. Schneider, "*Las Casas...*" P. 153.

La Conciencia en el tiempo

transmitido el poder y que debe ensayar de ejercerlo de manera responsable. La escena en la que en una noche fría el monje encuentra al fatigado emperador que no tiene ante sí mas que Imitación de Cristo, tiene una gran fuerza sugestiva. Las palabras que guían al emperador son: la conciencia y la cruz. En una llamada profética a su propia época Schneider diseña la imagen de un gobernante que no quiere vencer sino reconciliar, de un gobernante que está listo a deshacerse de la grandeza, que está marcado por el peso del pecado y que reconoce la verdadera grandeza en la responsabilidad hacia el hombre. Describe al poderoso que lleva el poder como un peso y como un sufrimiento y puede por lo tanto conducir el poder hacia su finalidad.¹⁶

Esta reflexión encuentra toda su acuciosidad en el momento de la atribución a Las Casas de una diócesis mexicana: el profeta debe encargarse del poder y someterse así a la prueba más difícil para él: ser fiel a su palabra profética pero bajo el peso del poder. El poder como sufrimiento y como poder que ha sido curado. Es en esta visión que la primera figura se une a la tercera. La monarquía absoluta es sometida al control del poder, realizado por la conciencia, sin el cual todo control del poder sería impotente.

Solamente el poder que proviene del sufrimiento puede ser poder de salud, el poder muestra su grandeza en su renuncia al poder. Se puede encontrar un curioso paralelismo con estas reflexiones en las notas de André Malraux sobre sus últimos

¹⁶ Se encuentran consideraciones muy bellas, que se acercan a lo que acabamos de decir, a propósito de la relación entre el poder y la capacidad de sufrir, según Lutero, en Duchrow, op. cit. p. 547 y 552.

encuentros con De Gaulle. En estos diálogos que tratan continuamente sobre la idea central de De Gaulle, Francia y su grandeza, se puede ver la manera en la que finalmente había evolucionado la noción de grandeza en esta importante figura de un gobernante de nuestro siglo. Cuando se le preguntó lo que habría dicho en un discurso conmemorativo en ocasión del aniversario de Napoleón, De Gaulle respondió: “Dejó a Francia más pequeña de lo que la encontró, así es, pero una nación no se define así. Para Francia él debía existir”.¹⁷

Sobre esto Malraux señala De Gaulle no pensaba en Francia en términos de fuerza y que juzgó idiota la frase de Stalin: “Francia tiene menos divisiones en el frente que el gobierno de Lublín”, como tampoco juzgaba a la nación por su territorio. Había ya tomado una conciencia más clara cuando decidió aceptar la independencia de Argelia. Ese día ha elegido el alma de Francia contra todo el resto, aun contra él mismo”.¹⁸ Malraux podía estar seguro del asentimiento de su interlocutor cuando decía que Francia no podría encontrar su alma más que al encontrarla para los otros: “Francia para usted no ha sido del ámbito racional. Como Francia en las cruzadas, como Francia en el año II: ¹⁹

La idea esencial de esas entrevistas, ensombrecidas de una particular melancolía, se muestra claramente: la grandeza que el general pudo dar a su país consistía en el hecho que la dejaba más pequeña, que había renunciado a un imperio. Francia no se

¹⁷ A. Malraux, “*Les Chenes Qu'on Abat...*” Gallimard, París, 1971, p. 104.

¹⁸ *Ibid.*, p. 105.

¹⁹ *Ibid.*, p. 151.

La Conciencia en el tiempo

realizaba en el vano intento de reconvertirse en una gran potencia como en el pasado, sino en la renuncia que De Gaulle se enseñó a sí mismo y a la nación. Al final, el general no adoptaba para sí mismo la medida de Napoleón el conquistador, sino la del emperador exiliado y de sus palabras: la grandeza es triste.

Haciendo a un lado una cierta ambigüedad, que siempre permanece, el significado de todo lo anterior podría ser el siguiente: la fuerza une a la grandeza cuando se deja tocar por la conciencia.

Este es el testamento de Reinhold Schneider para nuestra época, esta es la oportunidad y la misión de la fe cristiana, en medio de la lucha de las potencias en la que nos encontramos hoy.